

148

DISCURSOS

LEÍDOS

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN

PÚBLICA Y SOLEMNE

DE

D. VALENTÍN DE ZUBIAURRE

EN LA REAL ACADEMIA

DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EL DÍA 21 DE JUNIO DE 1945



MADRID

MCMXLV

DISCURSO

DE

D. VALENTÍN DE ZUBIAURRE

LEÍDO EN EL ACTO DE SU

RECEPCIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR

D. MARCELIANO SANTA MARÍA

EL DÍA 21 DE JUNIO DE 1945

EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO



MADRID
MCMXLV

DISCURSO

DE

D. VALENTÍN DE ZUBIAURRE

DISCURSO

DE

QUE D. VALENTIN DE ZUBIARRRE

Fácilmente os daréis cuenta, Señores Académicos, de cuál sea mi emoción en este momento solemne y de cuánta mi gratitud, que acrecen circunstancias de todos conocidas, hacia la Real Academia de San Fernando, que me concede el insigne honor de ocupar el sillón vacante por el fallecimiento del pintor, de grata memoria, Don José Garnelo y Alda, Garnelo, hijo de pintor, excelente pintor él, que además publicó interesantísimas obras de crítica e historia artísticas, consagró al arte toda su larga y fecunda vida y en el ejercicio de su actividad demostró una desusada valentía en la concepción de grandes temas; un sentido decorativo y una maestría en el oficio, que serán lección permanente para cuantos profesamos la noble disciplina de la pintura.

Acaso los que me habéis otorgado vuestro voto para venir a ser el indigno sustituto de artista tan eminente, habéis recordado que mi buen padre, músico insigne.

director de la Real Capilla, que dejó un rico acervo de obras religiosas y profanas, ocupó un sillón en esta misma Real Academia. Grande fué la pena que aquel hombre, del todo consagrado a la música, hubo de sentir al darse cuenta de que ninguno de sus dos hijos varones estaba capacitado para consagrarse al arte que tanto amaba y hubiera sido para él, en cambio, motivo de alegría inmensa al haber llegado a saber que uno de ellos alcanzaría, por distintos caminos, el alto galardón de que él se mostraba tan orgulloso.

Quiero también dedicar un sentido recuerdo a ilustres Académicos, ya fallecidos, que con sus consejos y sus enseñanzas me orientaron en los difíciles caminos del arte: Don Alejandro Ferrant, D. Antonio Muñoz Degrain, D. José Moreno Carbonero. Pero me váis a permitir, sobre todo, que consagre breves momentos a la alabanza de algunos pintores de diversas épocas a los cuales me siento especialmente unido porque ellos, como yo, tuvieron que vencer en la vida las dificultades que origina la carencia de oído. Corresponde el primer lugar al ilustre riojano Juan Fernández de Navarrete, llamado "El Mudo", cuya extraordinaria trascendencia en la Historia del Arte Español acaso no haya sido todavía valorada debidamente. En el último tercio del siglo XVI la pintura española había llegado al mayor agotamiento, prolongando estérilmente las frías recetas de un

manierismo sin alma, el desacuerdo con el realismo patético del temperamento hispánico. Entre tanto había en Venecia un grupo de pintores que habían revolucionado el concepto pictórico dando en sus cuadros principal importancia a la luz y al color. Juan Fernández de Navarrete había podido conocer en Italia esta revolución de donde arranca toda la pintura moderna y que tan fecunda había de ser al encontrar ambiente propicio en el alma española.

Cuando el artista mudo llega a España, Felipe II aprestaba en ella la magna empresa artística del Escorial. Juan Fernández de Navarrete fué el pintor que el gran Rey necesitaba; él pintó lo mejor que por mano española se hizo entonces y, sobre todo, él abrió los caminos a nuestra gran escuela realista y colorista en cuya vanguardia están Ribalta, Tristán y Orrente, precursores de Velázquez, Zurbarán y Murillo. Era Navarrete hombre bueno y sencillo, profundamente cristiano, de clara inteligencia y buen sentido y sus juicios eran tenidos en mucho en la Corte. Ante el fracaso de tantas medianías venidas de Italia, recibidas y agasajadas como si se tratase de príncipes y que no supieron sensibilizar ni dotar de alma al gran monumento escurialense, Felipe II hubo de exclamar con melancolía: "Al mudo no le hemos conocido" y el mismo Padre Sigüenza, tan severo en sus críticas, escribió, doliéndose de su prematura muerte:

“Si viviera éste, ahorraríamos de conocer tantos italianos, aunque no se conociera tan bien el bien que se había perdido”.

De otros pintores mudos de menos importancia nos habla la Historia del Arte. No lo fué ciertamente el más grande de los pintores de su tiempo, Francisco Goya y Lucientes, pero su total sordera amargó la parte más intensa y fecunda de su vida; obligaba a sus familiares y amigos a emplear el lenguaje de los signos, según el sistema del monje español Ponce de León, adaptado y ampliado por el abate francés de l’Epee. El mismo escribe en una carta a su amigo Zapater, que el favorito Godoy estuvo con él tan obsequioso durante una jornada en Aranjuez que “aprendió a hablar con la mano y dejaba de comer para hablarle”. El único recuerdo que los ancianos de Fuendetodos conservaban de la estancia en el pueblo de su ilustre paisano durante la guerra de la Independencia, es que su criado se entendía con él por medio del lenguaje de los dedos. Como en el caso de Beethoven, la sordera agudizó la fina sensibilidad de Goya y su obra genial, la que le asegura un primer lugar en la Historia del Arte, fué realizada cuando su defecto físico le aislaba dolorosamente de la sociedad.

Me habéis de permitir, señores académicos, que recuerde con singular cariño a uno de mis profesores, sordomudo como yo: a D. Daniel Perea y Rojas, nacido en

1834, y que enseñó dibujo en la Escuela Nacional de Sordomudos. Por la agilidad y la exactitud de su lápiz y hábil en el arte de la composición, Perea habría de ser uno de los más insignes ilustradores de su tiempo, como pueden advertir los que se diviertan en recordar tiempos pasados hojeando las revistas del siglo XIX: *El Museo Español, Gil Blas, La Ilustración Española y Americana*. Pero, sobre todo, fué Perea el pintor por excelencia de nuestra fiesta nacional y sus litografías de toros, ya en el campo o ya en la plaza, reproducidas con brillantes colores en la revista *La Lidia*, eran el obligado adorno de todas las viviendas castizas en los barrios populares.

Al hablar de pintores sordomudos quiero recordar a mi hermano Ramón, hoy ausente de España, y al cual el éxito y la desgracia me han unido de manera entrañable, pues no es posible hablar separadamente de nuestras vidas que juntas corrieron siempre, y he de referirme a él al hablar de mí mismo. Mi vida ha sido de labor continua en la pintura desde los siete años, con gran vocación y entusiasmo, recogido en la soledad de mi sordera, pero con la gratísima compañía de mi hermano Ramón. Hicimos juntos todos nuestros estudios en la Escuela de Pintura, trabajando siempre juntos—pero sin pintar jamás ambos en el mismo cuadro—en nuestro estudio particular y en el de Don Alejandro Ferrant, observando y estudiando constantemente las obras de los grandes

pintores, de las que tenemos tantas y tan admirables en nuestro Museo del Prado y en muchos otros lugares de España. Siempre animosos y entusiastas de este bellissimo arte, mi ansiedad por las cosas del espíritu y de la pintura es invariable.

Juntos los dos hermanos pasamos una buena temporada en París, donde no pintamos ningún cuadro. Empleábamos nuestro tiempo en ver cuanto se relacionaba con la pintura y en conocer opiniones de críticos y pintores. Entre ellos había incongruencias y exageraciones, pero mi espíritu firme y sensible volvía siempre a nuestros Greco, Velázquez, Goya, Zurbarán y Ribera, como también los grandes maestros extranjeros, Rembrandt, Tintoretto, Giotto, Fra Angélico y Boticelli. Después de una larga temporada en París y largos viajes por Italia, Bélgica, Holanda y Alemania, volví a España lleno de entusiasmo y ardor para tratar de formar mi personalidad. Durante una estancia en Barcelona conocí a un notable pintor Togores, con el cual me unía la comunidad en el defecto físico de la sordomudez.

Al principio de mi regreso a España, la crítica me trató con gran dureza, pero yo seguí pintando sin desfallecimiento, pues nunca quedo satisfecho en mi afán de superación incesante. Por ello siento en estos instantes la más honda emoción de mi vida al recibir el supremo galardón que le es dado obtener a un artista en España.

Gracias, pues, señores, porque me habéis concedido el gran honor de sumarme a esta insigne Corporación de pintores, escultores, músicos, arquitectos y críticos cuyas tareas, siempre encaminadas a la gloria del Arte y de la Patria, vengo a compartir. Para que pueda cumplirlo reclamo vuestra benevolencia y vuestro auxilio, necesarios a mí más que a otros, y yo os prometo suplir mis deficiencias con todo mi esfuerzo y toda mi buena voluntad.

DISCURSO
DEL EXCMO. SEÑOR
D. MARCELIANO SANTA MARIA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Habéis podido observar que en el discurso de nuestro nuevo compañero resplandece una cierta complacencia íntima al evocar su propia vida y la de sus familiares, sin que se duela (antes bien lo resalta) del riguroso destino silencioso a que le obliga la circunstancia física de su sordomudez.

Con resignación cristiana, como corresponde a su bien cimentado catolicismo, primero; encontrándole después una condición de fecundo ensimismamiento, de entrega plenaria de sus otras facultades al cultivo del arte, esta circunstancia nos demuestra que ha influido de manera singular en su producción.

En nada disminuyó tampoco aquel fervor, aquel entusiasmo que por la pintura sintió desde adolescente y que le ha traído, con toda legitimidad, a ocupar un puesto en nuestra Academia, después de una larga carrera de triunfos en España y en el extranjero.

Es bien grato para mí unir recuerdos lejanos a cuanto Valentín de Zubiaurre ha escrito por cómo consiente evocar lo pretérito. Allá en mis primeros años, ya tan distantes, recibí lección de dibujo precisamente en un Colegio nacional de sordomudos, donde era director un tío mío sacerdote. Aprendí entonces, para entenderme con mis condiscípulos la mímica de signos, base de un idioma profundamente racional, inventado por el Padre Ponce de León en el Monasterio de Oña. Pude comprender entonces el encanto misterioso y afable que hay en este modo de cambiar silenciosamente conceptos e ideas en lugar de palabras. Però pude, además, darme cuenta de algo más importante: de cómo en ese vivir sin sonidos de la voz ajena, en ese suplir con la mirada ávida y la inteligencia despierta sagazmente, el espíritu se depura y ennoblece.

El sordomudo es, generalmente, bueno, sencillo y de carácter alegre. Acostumbrado a leer en la expresión humana el pensamiento de los demás; acogido con una cordial simpatía por quienes desean hacerse entender de él, olvida la raíz y las consecuencias de su anormalidad y vive su mundo interior de una manera fértil y rica.

No otra cosa es la que se deduce de las sencillas afirmaciones hechas respecto de este particular por el nuevo académico, incluso—luego de aducir ejemplos de sordos y mudos ilustres, que suplieron magníficamente con

otras facultades la carencia de aquélla tan primordial— llega a declarar que acaso la razón de su arte, personal e inconfundible, se halla en esa condición que hubiera podido anularle sin la fuerza de voluntad y sin el optimismo peculiares en él.

Yo mismo sé deciros que a fuerza de convivir y trabajar con mis compañeros de adolescencia y de escuela, casi llegué a acostumbrarme al deseo de no hablar y de no expresarme sino por gestos, imágenes y signos manuales.

Porque si bien hoy día se consigue que incluso los sordomudos lleguen a pronunciar palabras que les permiten un más cabal y directo diálogo con otras personas, conservan preferentemente entre ellos la expresión elocuente de su mímica.

También hay otra razón de gratitud hacia vosotros, señores Académicos, por haberme honrado con el encargo de recibir, en nombre de la Corporación, a Valentín de Zubiaurre, y es el recuerdo de la amistad y de la admiración hacia el otro D. Valentín María de Zubiaurre, que fué más de cuarenta años miembro de esta Academia.

Es para mí íntima remembranza afectiva la evocación del músico insigne. Valentín María de Zubiaurre, director de la Real Capilla, autor de innumerables obras en las que alternaban con iguales inspiración y belleza

las profanas y las religiosas, ha dejado en nuestra Academia y en la Historia del arte musical español del siglo XIX, profundas huellas. La primera ópera española que se cantó en español en España fué *Don Fernando el Emplazado*, original del Maestro Zubiarre, y estrenada en Madrid el 12 de Junio de 1871, y tres años después se cantó también en italiano, y en el Teatro Real. Otra ópera suya de extraordinario éxito fué "Ledia", estrenada posteriormente en el mismo coliseo.

Al establecerse, el año 1873, la Sección de Música en nuestra Real Academia de San Fernando, le fué otorgado el nombramiento de individuo de número y ya hasta el comienzo del año 1914, al morir a los setenta y ocho años de edad, no dejó nunca de contribuir al mayor prestigio y a la eficacia estética nacional de nuestra Corporación.

Era casi siempre el Presidente de nuestras sesiones, porque si bien el Conde de Romanones era Director desde el año 1910, es decir, dos años antes del de ingreso mío en la Corporación, es el recuerdo presidencial de D. Valentín el que conservo vivamente de toda mi primera época en la Academia.

El Sr. Conde de Romanones era una de las primeras figuras de la política española. Ocupaba siempre altos cargos que exigían su asidua intervención, Presidente del Congreso, Presidente del Senado, Ministro, Presidente

del Consejo, en fin, estaban vinculadas en él las más elevadas responsabilidades y las más decisivas determinaciones nacionales. Por ello se veía privado, muy a su pesar (así lo comprobamos actualmente viendo su asiduo y constante afán por las tareas académicas), a prescindir de la presidencia en las juntas ordinarias y en algunas públicas y solemnes. Era, pues, D. Valentín como académico más antiguo, el que nos dirigía con una serena cordialidad, con un afecto sonriente y grave al mismo tiempo.

Y al tiempo mismo la inspiración fecunda de su temperamento musical creaba ya casi exclusivamente obras religiosas, misas, te deums, completas y motetes de un acento apasionado y de una expertísima técnica.

¿Quién había de pensar llegara un día en que fuese yo el que recibiera y os presentara al otro Valentín de Zubiaurre, famoso igualmente en un arte distinto?

En la pintura contemporánea, desde principios del siglo xx, los nombres de Valentín y Ramón de Zubiaurre han ido teniendo cada vez más dilatados ecos en el mundo artístico.

Su obra fraterna y homogénea está representada en los principales Museos del mundo. Los de Arte Moderno de Madrid, Barcelona y Bilbao; el Luxemburgo, de París; Museo Carnegie, de Pittsburgo; Pinacotecas de Buenos Aires, Tokio, San Francisco de California, Santiago de Chile, etc.

Pronto y justas vinieron las Medallas a destacar el prestigio de este arte tan original y tan fervorosamente enraizado con la tierra vasca y la tierra de Castilla.

Las de plata y oro en las Nacionales de 1908 y de 1917; la de oro en la Internacional de Munich, de 1909 y la Internacional de Barcelona de 1911. Las de oro también en la Universidad de Bruselas, 1911; Universal de San Francisco de California, 1915; Universal de Buenos Aires, 1910, etc.

Las Revistas de arte extranjeras consagraron estudios a los hermanos Zubiaurre. La crítica española que en los comienzos se mostraba como retraída y sorprendida, acabó por reconocer el mérito artístico de Valentín y de su hermano Ramón.

Más y mejor que yo pudiera definir lo que representa este arte, lo encontramos en el estudio consagrado a estos pintores por nuestro insigne compañero y Secretario de la Corporación, José Francés. Ya sabéis la alta categoría crítica y el valor que para la Historia del Arte moderno en España representa José Francés, a quien es siempre preciso citar, cuando se trata de estudiar a fondo la personalidad de nuestros artistas.

Permitidme, pues, que ampare mi discurso con esa referencia.

“Es —dice el insigne crítico— en el aire soleado de Castilla o brumoso de Vasconia donde importa hallar a

Valentín de Zubiaurre y donde él gusta de citar, para pintarles, a sus amigos, entre las gentes labradoras o navegantes. En el tumulto arcádico de las romerías, la fiebre vespéral de los puertos pesqueros o en la compañía de los viejos cenceños, que bajo sus capas pardas hablan lentamente, a tono de romance y con ademanes hidalgos, rostro a castillos polvorientos y calina atmósfera de horizontes dilatados.

“Más que nunca afirma ahora Valentín de Zubiaurre su propósito de ser el sinfonista plástico, el creador de cuadros profundos y aligeros a un tiempo mismo, donde la raza vasca y la raza castellana queden expresadas con admirable serie de composiciones sintéticas, que reflejan sus costumbres, corveas y regocijos. Más que nunca también, el arte seguro responde elocuente a la visión certera y la sensibilidad educada. *Su luz*, esta luz inconfundiblemente zubiauresca, que va desde los verdes traslúcidos, abisales, a los cadmios rutilantes, que se inflama en rojos y se irisa en opalinas delicadezas, que añila sus blancos y sus rosas, que descubre los más insospechados matices en la parda monotonía de un capote de labriego salmantino o en el negro limpio del traje de una casera vizcaína. Esta luz se derrama sin violencia ni énfasis sobre los cuadros. Sus arabescos preferentes: líneas verticales, altas, erguidas, de hombres apoyados en las varas de boyero o los remos de barquero, mientras en

la parte derecha líneas curvas y bajas de mujeres inclinadas sobre el hijo que lacta, de viejas encorvadas para oír el aviso postrero de la tierra; de doncellas que aguardan sonrientes y tímidas, al amor próximo; esas *ondulaciones de la horizontalidad* que ofrecen los campos abulenses o segovianos con sus triangulares erizamientos de las ermitas o de los puentes agudos sobre los ríos anchos; esas caóticas superposiciones de edificios en las aldeas costeras encaramadas sobre el monte que se baña eternamente los pies en el Cantábrico.

”El estatismo de sus figuras, que aun en los momentos de dinámica actividad —los layadores, que hacen su vaivén jadeante, los espatadanzaris, que se contorsionan desarticulados— conservan una euritmia impecable. Estatismo que acentúa la expresividad interrogativa, transmitida por los ojos —suplentes de la voz y del oído— del pintor a los ojos de sus modelos.

”Lo esencialmente, entrañablemente costumbrístico de los asuntos encarnados en tipos raciales, donde los rasgos étnicos y el indumento tradicional no consienten el menor desenfoque espiritual.

”Todo esto: luz, arabesco, estatismo, fidelidad localista ha ido añadiendo de un modo fragmentario, dispersado acá y acullá, elementos a la perfecta capacitación de verdadero pintor que es Valentín de Zubiaurre, y que aguarda pintando lienzos al óleo de pequeñas dimen-

siones, el sitio y la oportunidad para desarrollar sus templos; sus frescos de decorador poemático de su raza y de su tiempo.”

Tal es, señores Académicos, la significación en la pintura española de nuestros días de Valentín de Zubiaurre, y de cuyo arte ya queda incorporada a nuestro Museo una obra tan representativa y tan notable como el cuadro —*Aldeano de Garay*— que nos ha donado.

Réstame sólo saludarle en nombre de la Corporación y decirle con todo fervor: Bien venido seáis a esta Academia, en la que entráis con todo legítimo derecho y en la que se os recibe con los brazos abiertos.

Y séame permitido recordar nuevamente la figura del otro D. Valentín María de Zubiaurre, para rendir emocionado homenaje a vuestra madre, presente en este acto, que compartió la vida de un gran músico y que comparte —ójala muchos años más aún— la vida de su hijo que recibe en este solemne instante la Medalla de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

